

IV

ASUNTO DEL MISSISSIPPI

Nadie ignora que durante el año 1722, el Parlamento de París sentenció la causa del Mississippi, en la que estaban complicados, además de los directores de la Compañía, un ministro de Estado, secretario del rey, y varios subintendentes de provincias. Acusábase á la Compañía de haber corrompido á los oficiales del reino y del rey que, en realidad, la habían despojado con la avidez propia de las gentes empleadas por los gobiernos débiles. Y es cierto que en aquella época todos los resortes del gobierno estaban quebrantados ó corrompidos. En una de las sesiones de aquel memorable proceso, la señora de la Morangère, esposa de uno de los directores de la Compañía del Mississippi, fué oída en la Cámara por todos los miembros del Parlamento. Dicha señora declaró que un tal señor Lescot, secretario del presidente de la Sala de lo Criminal, habiéndola ci-

tado reservadamente en el Châtelet, la dió á entender que sólo de ella dependía la salvación de su marido, que era un hombre arrogante y hermoso, hablándola aproximadamente en estos términos: «Señora: lo que en esta cuestión disgusta á los verdaderos amigos del rey, es que los jansenistas no estén complicados en ella. Los jansenistas son igualmente los enemigos de la corona y de la religión. Proporcionadnos, señora, los medios de perder á uno de ellos, y el Estado os recompensará tan señalado servicio devolviéndoos á vuestro marido con todos sus bienes.» Cuando la señora de la Morangère hubo declarado aquellas frases, que no habían sido pronunciadas para ser repetidas en público, el señor presidente del Parlamento vióse obligado á mandar que se presentara ante el tribunal el señor Lescot, que al principio trató de negar, pero no pudo desafiar la mirada de la señora de la Morangère, cuyos ojos eran hermosos y claros. Turbóse y quedó confundido. El señor Lescot era feo y rojo, como Judas Iscariote.

Semejante incidente, publicado por todas las *Gacetas*, fué durante algún tiempo el asunto del día en París. Daba que hablar en los paseos, en los salones, en las peluquerías y en los cafés.

Y en todas partes la señora de la Morangère inspiraba tanta simpatía como el señor Lescot desprecio.

La curiosidad pública estaba muy interesada en ello aún, cuando acompañé al señor abate Coignard, mi buen maestro, á casa del señor Blaizot, que, como sabéis, era librero en la calle de San Jacobo, en *La Imagen de Santa Catalina*.

Encontramos en la tienda al señor Gentil, secretario particular de un ministro de Estado, que ocultaba su rostro en un libro recientemente llegado de Holanda, y al célebre señor Román, que en varias obras muy estimadas habla de la razón de Estado. El señor Blaizot, parapetado en su mostrador, leía la *Gaceta*.

El señor Jerónimo Coignard se colocó detrás de él para leer por encima de su hombro las noticias que tanto le interesaban. Aquel hombre tan sabio y de tan hermosa inteligencia, no tenía parte ninguna en los bienes de este mundo, y después de beberse un vaso de vino en *El Joven Baco*, no le quedaba dinero para comprar los periódicos. Habiendo leído por encima del hombro del señor Blaizot la declaración de la señora de la Morangère, exclamó que aquella era una buena acción, agradándole ver que la iniquidad se desplomaba

desde lo alto de su torre, empujada por la débil mano de una mujer, como vemos maravillosos ejemplos en la Escritura.

—Esta señora—añadió—, aun cuando comparte las ideas de los publicanos, á quienes desprecio, es semejante á las mujeres fuertes, tan ponderadas en el *libro de los Reyes*. Admira por su extraña mezcla de rectitud y de ingenio, y aplaudo su atrevida victoria.

El señor Román le interrumpió:

—Cuidado, señor abate—dijo extendiendo el brazo—, cuidado con juzgar este asunto en un aspecto individual y particular, sin preocuparos como debierais hacerlo de los intereses públicos que á él están ligados. Es preciso considerar ante todo la razón de Estado, y es indudable que tan soberana razón exigía que la señora de la Morangère no hablara ó que no se hubiese dado crédito á sus palabras.

El señor Gentil levantó la cabeza del libro.

—Han exagerado mucho—dijo—la importancia de ese incidente.

—¡Ah! señor secretario—repuso el señor Román—, no podemos creer que un incidente que os hará perder el puesto que ocupáis, no tenga importancia. Por mi parte lo lamento mucho.

Pero me consuela de la desgracia de los ministros á quienes perjudica el golpe, saber que de ningún modo pudieron evitarlo.

El señor Gentil dió á entender, guiñando un ojo, que respecto á semejante asunto opinaba lo mismo que el señor Román.

Este prosiguió:

—El Estado es como el cuerpo humano. Todas las funciones que desempeña no son nobles; por eso hasta entre las indispensables las hay, aunque deben ocultarse.

—¡Ah! caballero—dijo el abate—, ¿era, pues, preciso que el señor Lescot se condujera de tal modo con la pobre mujer de un prisionero?

—¡Era una infamia!

—¡Oh!—dijo el señor Román—fué una infamia cuando se supo. Antes no era nada. Si queréis disfrutar del beneficio de ser gobernados, que es lo único que coloca á los hombres por encima de los animales, dad á los gobernantes facilidades para ejercer el poder. Y la primera de todas es el secreto. Por lo cual el gobierno popular, que es el menos reservado de todos, es también el más débil. ¿Creéis, señor abate, que puede conducirse á los hombres por el camino de la virtud? Sería un ensueño.

—No lo creo—respondió mi buen maestro—. He observado en las diversas situaciones de mi vida que los hombres son unos animales dañinos á quienes sólo se consigue contener con fuerza y con astucia. Pero se les debe guiar con prudencia y no ofender demasiado los buenos sentimientos que en su alma se mezclan con los malos instintos. Porque, al fin y al cabo, señor mío, el hombre, por cobarde, por animal y por cruel que sea, fué creado á imagen de Dios y conserva algunos rasgos de su primera forma. Un gobierno que tras-pase la vulgar y común honradez, escandaliza á los pueblos y debe ser destituido.

—Hablad más bajo, señor abate—dijo el secretario.

—El soberano no se equivoca nunca—dijo el señor Román—, y vuestras máximas, señor abate, son las de un sedicioso. Mereceríais vos y vuestros semejantes, no gozar de la dicha de ser gobernados.

—¡Oh!—dijo mi buen maestro—si el gobierno como vos lo dais á entender es el robo, la violencia y el impuesto, no es de temer que esa amenaza se realice; y durante mucho tiempo aún tendremos ministros de Estado y gobernadores de provincias para dirigir vuestros asuntos. Únicamente

deseo que vengan otros á substituir á éstos. Los nuevos no podrían ser peores que los antiguos, y ¿quién sabe si hasta serían un poco mejores?

—Cuidadito—dijo el señor Román—, cuidadito. Lo más admirable del Estado es la continuidad y la perseverancia, y si no hay en el mundo un solo Estado perfecto, es, á mi juicio, porque en tiempo de Noé el diluvio sembró el desconcierto en la transmisión de las coronas y no estamos aún re-puestos de aquel desorden.

—Caballero—dijo mi buen maestro—, vuestras teorías me son gratas. La historia del mundo está llena de revoluciones, sólo nos habla de guerras civiles, tumultos, sediciones causados por la maldad de los príncipes, y no sé qué debe admirarse más al presente, si la desvergüenza de los gobernantes ó la paciencia de los pueblos.

El secretario quejóse entonces de que el abate Coignard desconociera los beneficios de la monarquía, y el señor Blaizot nos advirtió que no era oportuno discutir los asuntos públicos en la tienda de un librero.

Cuando estuvimos fuera, tirando de la manga á mi buen maestro, le dije:

—Señor abate, ¿habéis olvidado ya á la vieja

de Siracusa, puesto que ahora queréis cambiar de tirano?

—Dalevuelta, hijo mío—respondióme—, reconozco que he caído en contradicción. Pero esa ambigüedad que advertís en mi discurso no es tan maligna como la llamada antinomia por los filósofos. Charron, en su libro de *La Sabiduría*, afirma que existen antinomias que no pueden resolverse. Por mi parte, apenas me pongo á meditar sobre la naturaleza, cuando veo aparecer en mi espíritu media docena de tarascas que picoteándose ante mí, parecen querer arrancarse los ojos, y comprendo en seguida que nunca se conseguirá reconciliar entre sí á tan obstinadas furias. Pierdo la esperanza de ponerlas de acuerdo, y ellas tienen la culpa de que yo haya dado mayor impulso á la metafísica. Pero en el caso actual, Dalevuelta, hijo mío, la contradicción sólo es aparente. Sigo siempre opinando como la vieja de Siracusa. Pienso hoy lo que pensaba ayer. Sólo que acabo de dejarme dominar por el sentimentalismo, cediendo á la pasión como las gentes vulgares .

V

LOS HUEVOS DE PASCUA

Mi padre era figonero en la calle de San Jacobo, frente á Saint-Benoit le-Betourné. No os diré que le agradaba la Cuaresma: este sentimiento no hubiera sido propio de un figonero. Pero cumplía los ayunos y las abstinencias como buen cristiano, y á falta de dinero para comprar al arzobispado las bulas, cenaba merluza los días de vigilia, con su mujer, su hijo, su perro y sus huéspedes, de los cuales el más asiduo era mi buen maestro el señor abate Jerónimo Coignard. Mi santa madre no hubiese consentido que Miraut, nuestro guardián, royera un hueso en Viernes Santo. Aquel día no echaba ni carne ni grasa en la cazuela del pobre animal. En vano el señor abate Coignard la repetía que aquello era exagerado, y en justicia Miraut, que no participaba de los sagrados misterios de la redención, no debía sufrir abstinencias en su pitanza.

—Buena mujer—decía aquel insigne hombre—,